Mujeres migrantes en los márgenes de la Ciudad de Guayaquil: gestionando el riesgo y cuidando la vida

Lucía Pérez Martínez*
Marilyn Urresto Villegas**

Resumen
En el noroeste de Guayaquil, una de las ciudades más inseguras del continente, se encuentra un asentamiento irregular habitado por familias migrantes empobrecidas provenientes de diversas localidades del interior de Ecuador, así como de Venezuela y Colombia. Hace aproximadamente seis años, estas personas —sobre todo mujeres e infantes— llegaron en busca de un sitio donde vivir, empujados por múltiples crisis: económicas, políticas y ambientales. En medio de la violencia que asola la ciudad, afectando principalmente a los sectores más empobrecidos y marginados, esta autoidentificada comunidad de migrantes se organiza en uno de los principales *hotspots* del cambio climático del país, enfrentando deslizamientos de tierras, incendios forestales y múltiples vulnerabilidades. Bajo el liderazgo de mujeres, han logrado construir una comunidad de cuidado que sobrepasa fronteras.
Palabras clave: crisis climática, mujeres migrantes, violencias, cuidado, Guayaquil.

Migrant women on the margins of the city of Guayaquil: managing risk and taking care of life

Abstract
In the northwest of Guayaquil, one of the most insecure cities on the continent, lies an irregular settlement inhabited by impoverished migrant families from various localities in Ecuador, as well as from Venezuela and Colombia. About six years ago, these people —mainly women and children— arrived in search of a place to live, pushed by multiple crises: economic, political, and environmental. In the midst of the violence that plagues the city, disproportionately affecting the most impoverished and marginalized, this self-identified migrant community has organized in one of the main climate change *hotspots* in the country, facing landslides, forest fires, and multiple vulnerabilities. Under women's leadership, they have built a community of care that transcends borders.
Keywords: climate crisis, migrant women, violence, care, Guayaquil.

* Ecuatoriana. Máster en Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador). Actualmente es Profesora Investigadora de la Carrera de Sociología en la Universidad de Guayaquil, Ecuador. Líneas de investigación: migraciones, desigualdades y exclusión social. Contacto: lplucha@gmail.com. ORCID: 0009-0002-2363-1596.
** Ecuatoriana. Máster en Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador). Actualmente es Investigadora y Técnica Comunitaria del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos. Comité Permanente por de Defensa de los Derechos Humanos-CDH Guayaquil, Ecuador. Líneas de investigación: juventudes y violencias. Contacto: marilyn_urresto43@hotmail.es. ORCID: 0009-0005-6403-4458.

Fecha de recepción: 15 de marzo de 2025. Fecha de aceptación: 04 de septiembre de 2025.

Introducción

En el marco del proyecto *Crisis Climática y Gobernanza de las Movilidades en la Región Andina*, desarrollado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador (FLACSO-Ecuador), las autoras llevaron a cabo un estudio de caso en Nueva Esperanza, una comunidad ubicada en la zona periurbana del noroeste de Guayaquil, Ecuador. La investigación se desarrolló desde un enfoque cualitativo y una perspectiva etnográfica. Las principales herramientas de recolección de información fueron la observación participante, entrevistas semiestructuradas con actores comunitarios y extracomunitarios con presencia en la localidad, y grupos focales con jóvenes y mujeres.

Nueva Esperanza es reconocida por sus habitantes como una comunidad y está situada en Monte Sinaí, al noroeste de la ciudad, uno de los sectores de crecimiento urbano más recientes en Guayaquil. Se compone casi exclusivamente por migrantes —tanto internos como internacionales—, especialmente mujeres que, a través de la ocupación de terrenos, han encontrado una vía de acceso a la vivienda en medio de la crisis socioeconómica que ha enfrentado el país durante los últimos años. Esta crisis ha afectado especialmente a las personas migrantes, cuyos ingresos dependen en gran medida de la economía informal. Se trata, por lo tanto, de un barrio nuevo, cuyo asentamiento irregular comenzó entre 2018 y 2019.

Actualmente, Guayaquil es una de las ciudades más peligrosas del continente debido a la fuerte penetración del crimen organizado en su territorio y en sus vínculos sociales (Consejo ciudadano para la seguridad pública y justicia penal, 2024). Sin embargo, este no es el único problema que enfrenta la ciudad ni, en particular, el sector migrante. La crisis climática, expresada en el calentamiento global, las sequías en periodos de verano, las lluvias torrenciales de los inviernos cada vez más intensos y el aumento de la temperatura, impacta —aunque de manera menos visible— la vida de los habitantes de estos barrios. A esto se suma una profunda exclusión económica y una fuerte estigmatización social.

Las mujeres migrantes que han construido y habitan Nueva Esperanza provienen de zonas rurales de la costa norte de Ecuador, así como de Colombia y Venezuela. Son mayoritariamente de sectores empobrecidos y han atravesado múltiples violencias en sus trayectorias migratorias. Sin embargo, lejos de ser meras víctimas, han acumulado conocimientos y estrategias que les permiten enfrentar la precariedad socioambiental y múltiples violencias que las aquejan. Lo hacen, en gran medida, a través del cuidado y la construcción de comunidad, de ahí que sea clave analizar la situación de esta población migrante desde una perspectiva feminista que reconoce la centralidad de la política del cuidado en la producción y reproducción de las sociedades, especialmente las más precarizadas.

Como en todas las áreas de estudio, ha existido —y aún persiste— cierta resistencia a los enfoques feminista y de género en el análisis de las migraciones (Herrera, 2011; Malher y Pessar, 2006; Gregorio Gil, 2004). Sin embargo, no cabe duda de que esta perspectiva ha enriquecido el campo no sólo a nivel conceptual y analítico, sino también

metodológico. En un primer momento, el enfoque de género se centró en la especificidad de los procesos migratorios de las mujeres, especialmente en su relación con el mundo del trabajo —asalariado y no asalariado— y con la unidad familiar. Posteriormente, con la feminización de las migraciones y el reconocimiento generalizado del género como una cuestión relacional, los estudios han ampliado sus miradas para incluir otras experiencias y discursos (Monzón, 2021). Esto ha permitido integrar dimensiones como las subjetividades, la sexualidad, la politización y la transformación de ciertos patrones en el orden de género, entre otros aspectos.

En cambio, la relación entre la cuestión socioambiental y las movilidades es un campo de estudio reciente. La literatura ha desarrollado ampliamente los vínculos entre género y ambiente, así como entre género y migraciones, sin embargo, la intersección de estos tres elementos sigue siendo un área menos trabajada (Klepp, 2017). Este estudio busca aportar a entender mejor y de forma empírica esa intersección. Asimismo, hemos decidido centrar el análisis en las condiciones socioambientales del lugar de destino, más que en las condiciones de salida en el lugar de origen, un aspecto que también ha recibido menor atención en la literatura sobre crisis climática y las movilidades (Simpson et al., 2024).

Para el análisis, nos centramos en el concepto de cuidado, entendiéndolo simplemente como las prácticas que nos mantienen con vida (Álvarez y Varela, 2022) y como aquellas actividades dirigidas a conservar, continuar y reparar nuestro mundo, para que podamos vivir en él lo mejor posible; considerando que ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno (Tronto, 1994, en Gavazzo, 2021).

Asimismo, entendemos que el cuidado implica comunidades, en este caso comunidades de migrantes que, siguiendo a Butler (en Álvarez y Varela 2022):

> gestionan su subsistencia desafiando las fronteras del hogar y la familia nuclear, las de los Estados nacionales, e incluso, las fronteras de zonas económicas que regionalizan las identidades de pertenencia. Así, las comunidades de cuidado ponen en tensión y desnaturalizan nociones fijas de hogar, frontera, familia, Estados Nacionales, e incluso, ciudadanía, pues en lo común, en las prácticas cotidianas comunes, se solventan derechos elementales que ni el Estado ni el mercado han podido proveer a este tipo de poblaciones (Álvarez y Varela, 2022).

Dicho esto, este artículo se compone de cuatro apartados. En el primero, abordamos —desde una visión histórica— el proceso de crecimiento urbano popular de la ciudad, examinando los asentamientos irregulares o tomas de tierra como forma de acceder a la vivienda y el rol fundamental de las mujeres en la configuración del hábitat. En el segundo, analizamos la situación socioambiental de Nueva Esperanza, nuestro lugar de estudio. Un tercer apartado describe brevemente las historias migratorias de las mujeres de acuerdo con su origen y la forma en que éstas han implicado una suma de conocimientos clave para enfrentar las múltiples dificultades del lugar que habitan: las violencias machistas en el ámbito familiar —especialmente por parte de parejas o exparejas—, la persecución del Estado, que busca desalojarlas, y la presencia de organizacio-

nes de crimen organizado que ponen en peligro sus vidas y la de sus hijos e hijas; además de las problemáticas socioambientales y climáticas. Finalmente, abordamos cómo, en medio de estas condiciones, las mujeres migrantes de Nueva Esperanza construyen y recrean su comunidad como estrategia para el sostenimiento de la vida y el cuidado comunitario en contextos de alta vulnerabilidad. El documento finaliza con un apartado de reflexiones a modo de cierre.

Nota metodológica

Este estudio de caso forma parte de una investigación regional más amplia realizada por FLACSO-Ecuador y financiada por el *International Development Research Centre* (IDRC), que incluyó seis estudios de caso en Ecuador, Perú y Bolivia con el objetivo de analizar críticamente la relación entre la crisis climática, en sus diversas manifestaciones, y las movilidades humanas. El caso de Nueva Esperanza fue desarrollado por el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos (CDH), con sede en Guayaquil.

La metodología general del proyecto fue diseñada por su equipo de coordinación, aunque las autoras realizaron ajustes y aportes significativos para responder a las particularidades del contexto local. Cabe señalar que el CDH mantenía un trabajo previo y sostenido con la comunidad de Nueva Esperanza, principalmente a través de apoyo legal y proyectos sociales desde los inicios del asentamiento, lo que permitió un conocimiento detallado de sus dinámicas y habitantes.

El trabajo de campo se llevó a cabo entre octubre de 2024 y enero de 2025. Este incluyó: (i) un taller comunitario inicial de cartografía social con la participación de 20 adultos de toda la comunidad; (ii) dos grupos focales, uno con mujeres (6 participantes) y otro con jóvenes (8 participantes), dado que ambos constituyen la mayoría de la población del asentamiento; y, (iii) entrevistas semiestructuradas con actores clave, entre ellos dirigentes comunitarios, funcionarios públicos y representantes de organizaciones con presencia en la zona (9 entrevistas), así como personas migrantes de diferentes orígenes (10 entrevistas: 9 mujeres y 1 varón). Además, las investigadoras participaron en actividades comunitarias (mingas, festividades, reuniones) y sostuvieron conversaciones informales con habitantes del sector.

En este artículo se presentan sólo algunos de los hallazgos de la investigación, con énfasis en la dimensión del cuidado y el papel central desempeñado por las mujeres migrantes en la comunidad de Nueva Esperanza.

Guayaquil, las tomas de tierra como modelo de crecimiento urbano: el lugar de las mujeres en el acceso al hábitat

Guayaquil ha experimentado un crecimiento urbano acelerado, caracterizado por la expansión de asentamientos informales. A finales de los años 1970 e inicios de 1980, Ecuador vivió un incremento en la migración interna rural-urbana, lo que llevó a un traslado masivo de familias del campo a la ciudad como resultado de un proceso tardío y desigual de modernización. Este fenómeno también antecedió la posterior migración

internacional de ecuatorianos. Mientras que, en 1962, 65% de la población vivía en zonas rurales, en 1974 esta cifra se redujo a 41% (Ramírez y Ramírez, 2005, p. 25). Las principales ciudades fueron percibidas como espacios de oportunidad ante el abandono de la ruralidad, lo que incentivó la migración hacia ellas. Guayaquil, por su condición de puerto principal y centro económico, se consolidó como uno de los destinos predilectos.

El auge petrolero de los años 1970 intensificó aún más este flujo migratorio. A ello se sumó la renovación urbana en el centro comercial de la ciudad, que desplazó a habitantes de las viejas casas renteras debido al hacinamiento y el incremento en los costos de alquiler. Como resultado, muchas familias buscaron lugares más asequibles en la periferia o adquirieron terrenos en áreas de ocupación irregular, como El Guasmo, en el sur de la ciudad. Para los años 1970, esta zona ya se había consolidado como el segundo asentamiento informal más grande de Guayaquil —después del Suburbio—, poblado desde los años 1950, aunque con limitaciones para su expansión debido a los límites con el Estero Salado.

A mediados de 1980, cuando el sur de la ciudad ya estaba completamente poblado y con la construcción de la Vía Perimetral —una arteria que conectaba rápidamente el sur con el noroeste— el crecimiento urbano se dirigió hacia el norte. A lo largo de esta vía surgieron barrios pobres conformados por familias en búsqueda de un lugar donde asentarse (Villavicencio, 2011). Este proceso estuvo mediado por una lógica empresarial, protagonizada por dirigentes barriales, promotores informales y traficantes de tierras, quienes consolidaron un mercado ilegal de suelo que se convirtió en la única alternativa de acceso a la vivienda para los sectores empobrecidos (Sánchez, 2014). La figura de los promotores informales no era nueva en Guayaquil, además de lucrar con la venta ilegal de terrenos, estos actores operaban como guardaespaldas y aliados de líderes políticos populistas, con vínculos temporales con los partidos políticos en el poder local (Villavicencio, 2011).

En este contexto, la venta irregular de tierras operó dentro de un esquema de control social y político. Los traficantes de tierras utilizaban estas transacciones para garantizar una base electoral a favor de sus partidos o incluso de ellos mismos. Como resultado, varias cooperativas o barriadas del noroeste llevan el nombre de estos traficantes, como Balerio Estacio, Sergio Toral, Zenaida Castro, Marco Solís y el propio Monte Sinaí, entre otros. Estas redes ilícitas, en alianza con actores políticos locales, facilitaban la aprobación de decretos de legalización de tierras, que posteriormente volvían a ser comercializadas (Sánchez, 2014).

El papel de las mujeres en este proceso ha sido fundamental, aunque muchas veces invisibilizado. En numerosos asentamientos informales, fueron ellas quienes lideraron la organización barrial y la lucha por el acceso a servicios básicos, desempeñando un rol central en la configuración de estos espacios. Además, un alto porcentaje de hogares en estas zonas son encabezados por mujeres que asumen solas la crianza y el sustento de sus familias. En este contexto, la carga del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados limita sus oportunidades de generar ingresos y acceder a una vivienda adecuada

(CEPAL, 2018). Frente a estas dificultades, muchas mujeres han recurrido a la ocupación informal del suelo como una estrategia de supervivencia y autogestión, generando no sólo alternativas materiales, sino también procesos de apropiación simbólica del espacio urbano (Müller, 2017).

La autogestión ha sido clave para suplir la ausencia de infraestructura y servicios en estos espacios, y las mujeres han asumido un rol protagónico en estos procesos. En Monte Sinaí, Acosta (2019) identifica dos momentos claves en la organización comunitaria. Inicialmente, antes de la intervención estatal por su condición de asentamiento informal y en paulatino crecimiento, la organización era débil y estaba vinculada casi exclusivamente a los traficantes de tierras. Posteriormente, con la entrada del Estado entre 2007 y 2017 con la implementación de políticas públicas de prevención y control de asentamientos humanos irregulares, la dinámica comunitaria se fortaleció, especialmente en la lucha contra los desalojos y la exigencia de servicios básicos, con las mujeres adquiriendo un rol cada vez más representativo. En la actualidad, aproximadamente 75% de las dirigencias comunitarias están conformadas por mujeres (Primicias, 2023), quienes lideran demandas colectivas y estrategias de resistencia ante la precariedad urbana. Desde comités barriales hasta la organización de mingas comunitarias y la gestión de servicios, han sido ellas quienes han impulsado mejoras en la habitabilidad de sus comunidades.

El hábitat en los asentamientos informales no se limita únicamente a la vivienda, sino que incluye la construcción de espacios comunitarios, la seguridad y el acceso a servicios esenciales. En este sentido, las mujeres han sido clave en la generación y sostenibilidad del hábitat barrial, participando en la creación de espacios comunes como parques, mercados informales y puntos de encuentro colectivo. Estas acciones han permitido fortalecer redes de solidaridad y mejorar las condiciones de vida, en un contexto de ausencia de políticas estatales efectivas para la integración de estos territorios en la ciudad formal.

En suma, la configuración urbana de Guayaquil ha sido el resultado de la interacción entre migraciones internas —y más recientemente también internacionales—, políticas urbanas y dinámicas económicas locales y globales. Este entramado histórico ha definido un modelo de expansión urbana marcado por la desigualdad y la informalidad, características que continúan presentes en la ciudad hasta la actualidad.

Situación socioambiental en las zonas urbano-marginales de Guayaquil: el caso de Nueva Esperanza, Monte Sinaí

En este marco de expansión urbana desigual y acceso precario a la vivienda, Monte Sinaí emergió como uno de los asentamientos informales de crecimiento más reciente en Guayaquil. Actualmente, ocupa 9,325 hectáreas sin asfaltar y alberga a unos 150,000 habitantes pertenecientes a 42,000 familias, distribuidos en 39 cooperativas o barrios. Se estima que 98% de la población vive en condiciones de pobreza y 73% en pobreza extrema (Primicias, 2023). Las viviendas, mayoritariamente de caña, madera o mate-

riales mixtos, carecen de servicios básicos como agua potable, saneamiento y alumbrado público. Esta precariedad es aún más crítica en los barrios de asentamiento reciente, como Nueva Esperanza, donde la falta de títulos de propiedad limita el acceso a infraestructura básica.

Monte Sinaí se ha consolidado como un territorio estratégico para el crimen organizado. El distrito Nueva Prosperina, donde se ubica, es actualmente uno de los más violentos de la ciudad, con la presencia de al menos cinco pandillas. Sólo hasta mediados de marzo de 2025 se habían registrado 193 homicidios (Primicias, 2025). La magnitud del incremento resulta evidente si se compara con 2021, cuando durante todo el año se contabilizaron 95 homicidios en el mencionado distrito (El Universo, 2023).

Nueva Esperanza, en el extremo occidental de Monte Sinaí, fue recientemente declarada zona urbana. Se encuentra entre dos bosques secos tropicales protegidos: el Bosque Protector Cerro Blanco, una de las mayores áreas de conservación privada del país, y el Bosque Protector Papagayo, creado en 2012 con el fin de frenar los asentamientos informales.

Según datos de CDH (2022), en Nueva Esperanza habitan al menos 164 personas migrantes en unas 50 familias: 80% de origen venezolano, 18% colombiano y 2% cubano. A esto se suman aproximadamente 100 familias ecuatorianas migrantes internas, principalmente desde Manabí y Esmeraldas. La mayoría de la población se dedica al comercio informal en el sector de La Entrada de la 8, una zona altamente comercial. Las mujeres que no trabajan fuera del hogar realizan actividades económicas desde sus casas, vendiendo alimentos y bebidas.

Las principales preocupaciones de la comunidad son el acceso al agua potable, la salud y la educación, ya que no cuentan con una escuela cercana para sus hijos e hijas. La presencia del crimen organizado agrava esta situación, obstaculizando aún más la llegada de servicios básicos.

Desde su fundación, los habitantes de Nueva Esperanza han enfrentado varios intentos de desalojo, siguiendo la lógica de ocupación de tierras de la ciudad. En 2021, uno de estos desalojos tuvo como objetivo principal a la población extranjera. Sin embargo, muchas familias resistieron y reconstruyeron sus viviendas (CDH, 2022).

De otra parte, Monte Sinaí ha sido identificado como una zona de muy alta vulnerabilidad ambiental, con un índice de 1,000 según el informe Desafíos de Guayaquil ante el cambio climático (Municipio de Guayaquil, 2018). A pesar de que 20% del territorio está bajo conservación, 87.81% de la cobertura vegetal ha sido destruida por la expansión urbana descontrolada.

Las consecuencias de esta deforestación y del crecimiento desordenado han generado un impacto ambiental significativo. Durante la temporada de lluvias, los deslizamientos de tierra son frecuentes, especialmente en zonas con pendiente. En las áreas más bajas, la falta de drenaje adecuado ha provocado inundaciones históricas. En la época seca, el

asentamiento es altamente vulnerable a incendios forestales. El cambio climático ha intensificado estos problemas, con inviernos más severos y periodos secos más prolongados, aumentando la exposición de la población a condiciones extremas.

Además de estos factores, la comunidad se encuentra cerca de un tendido de servidumbre eléctrica y junto a un canal de riego de importancia regional, conocido popularmente como el *canal de la muerte*, ya que el crimen organizado lo ha utilizado para deshacerse de restos humanos. Esta proximidad no sólo representa una amenaza adicional para la seguridad de los habitantes, sino que también podría obstaculizar la regularización del barrio en el futuro. De hecho, la presencia del canal ha sido utilizada como justificación por parte del Estado en los distintos intentos de desalojo.

En este contexto, la comunidad de Nueva Esperanza enfrenta múltiples dificultades. No obstante, como veremos en adelante, sus habitantes —especialmente las mujeres— han desarrollado estrategias de afrontamiento y resistencia, fortaleciendo redes comunitarias para enfrentar tanto la precariedad socioeconómica como la crisis climática y la violencia urbana.

Mujeres migrantes, historias migratorias y saberes frente el riesgo socioambiental y las violencias

Identificamos tres tipos de historias entre las mujeres migrantes de la comunidad de Nueva Esperanza, de acuerdo con su origen. La primera, corresponde a personas provenientes de Colombia. Su *estatus* migratorio varía, algunas han obtenido el reconocimiento de refugio, mientras que otras se encuentran en situación irregular o poseen algún tipo de visa. Estas mujeres procedentes de zonas rurales de Colombia, de condiciones socioeconómico medio-bajas, han enfrentado situaciones de extrema violencia derivada del conflicto armado en ese país, lo que ha sido un factor determinante en su decisión de migrar. Esta situación se refleja en el testimonio de una de ellas, quien es la lideresa principal de la comunidad actualmente:

> […] nosotros teníamos una finca, la atraviesa el tubo de la gasolina (ellos entraban a tomar ese recurso). Ellos dañaban los cultivos y entonces un día el papá de mis hijos, les dijo que ya no me vuelvan a dañar los cultivos: "Ustedes me vuelven a dañar los cultivos y yo no sé qué va a pasar". Y a los 15 días fue el ejército y cogieron a un poco de gente, hicieron de todo. Y ellos de una dijeron, "Ah, este nos dijo que [...]" sí me ¿entiende? De una dijeron que era él. ¡Uy, eso no se imagina todo lo que hicieron! Ese día nos tocó irnos […] (Entrevista a Elena, refugiada colombiana, 2024).

Otro grupo está conformado por familias provenientes de Venezuela, conocidas en la comunidad como "chamos". Estas migrantes también llegaron en grupos familiares y sus trayectorias migratorias fueron sumamente precarias. La gran mayoría de ellas está en situación irregular en el país, sobre todo por los costos económicos que ello implica. Pertenecen a la ola de migrantes más empobrecidos de Venezuela; muchas fueron caminantes o viajaron por vía terrestre con la ayuda de familiares, siendo expulsadas de su país por la crisis, manifestada especialmente en la escasez de alimentos y medicinas.

A diferencia del grupo anterior, provienen de entornos bastante modestos, pero también son originarios de pequeños pueblos o zonas rurales. Sus trayectorias migratorias fueron arduas, incluyendo períodos en los que vivieron en la calle o en alojamientos temporales, y probaron suerte en diversas ciudades de Colombia y Ecuador antes de establecerse finalmente en Guayaquil.

> […] nosotros estábamos en Colombia [ella, su esposo que tiene una enfermedad catastrófica, y sus dos hijos pequeños]. Lo tuve a él allá [señala a su hijo pequeño], y después dijimos vamos para Ecuador, porque no había arriendo y como teníamos muchos niños decían que allá no arrendaban y nos vinimos para acá […] Pero ese día estaba todo cerrado, había paro y nos tocó caminar, caminamos bastante. En Cotopaxi hay nos quedamos a dormir en esa montaña, Ahí armamos una forma de puro plástico porque no dejaba de llorar [el bebé] del frío, lloraba y lloraba. Ahí duramos como una semana porque todo estaba cerrado todo, no había carro, no había nada. La hermana del papá de los niños estaba en Ambato, y ahí nos recibió ella […] De ahí nos venimos para acá. Llegamos en el centro [de Guayaquil], ahí nos quedamos dormidos en los hoteles, así vendíamos los caramelos (Entrevista a Lorena, migrante venezolana, 2025).

Un tercer grupo incluye principalmente a personas de la provincia de Manabí, en menor medida de Esmeraldas y otras zonas de la costa ecuatoriana. Este grupo ya residía en Guayaquil antes de asentarse en Nueva Esperanza. Pudimos profundizar en la experiencia de una familia compuesta por tres generaciones exclusivamente de mujeres que fueron desplazadas debido al fenómeno de El Niño en 1998, que afectó gran parte de la zona costera. Vivían en Bahía de Caráquez y lo perdieron todo debido al desbordamiento del río. Desde entonces, llegaron a Guayaquil y han habitado en ocupaciones en varios sectores, todos urbano-marginales.

En general, en el caso de las migrantes internas, es relevante destacar cómo, siguiendo el patrón de expansión urbana de Guayaquil descrito anteriormente, las redes familiares y de amistad se articulan para ocupar tierras y establecer una vivienda propia, práctica que ha perdurado por generaciones. La abuela de este grupo familiar llegó a Guayaquil y se instaló en la casa de su madre en Isla Trinitaria, al sur de la ciudad. Poco tiempo después, nuestra entrevistada gestionó su propio espacio y, posteriormente, los de sus hijos:

> Desde que yo llegué [a Guayaquil], no pasó mucho que me vine a la Nueva Prosperina […] Ahí yo hice una casita. Había una amiga también que era de allá [de Manabí]. Ella me avisó, porque ella ya estaba acá y había cogido un terreno […] Sí, de ahí yo me quedé. Aquí tengo este terreno, que es de mi hijo, el que tiene 23 años [señala en dirección a donde está ubicado el terreno que habita ahora en Nueva Esperanza], y Luisa [su hija] está en el de ella, aquí, en el de ella […] (Entrevista a Elisa, migrante interna, 2024).

Al igual que en otras latitudes, como las migrantas paraguayas, bolivianas y peruanas que habitan en los márgenes de la ciudad de Buenos Aires o de cualquier urbe latinoamericana, muchas mujeres fueron expulsadas de su lugar de origen por la degradación de los ecosistemas rurales y a su vez son las principales afectadas por los problemas socioambientales de la zona (Guarinoni, s/f).

Además, varias mujeres llegan a Nueva Esperanza tras huir de situaciones de violencia de género. Luisa, mencionada en el testimonio anterior, vivió en varios sectores empobrecidos de Guayaquil antes de asentarse en la comunidad, luego de escapar de su expareja, quien la mantuvo en encierro y ejerció violencia extrema en su contra. Buscando un lugar seguro para ella y sus hijas, Luisa se instaló en Nueva Esperanza tras escuchar que una mujer colombiana facilitaba el acceso a terrenos para mujeres en situación de necesidad.

Como se puede ver, las mujeres que conforman Nueva Esperanza han decidido migrar debido a la precariedad económica y la pobreza, exacerbadas por crisis sociopolíticas, violencias y desastres naturales en sus lugares de origen. Estas adversidades las han llevado además a emprender trayectorias migratorias prolongadas y complejas, realizando múltiples paradas en diferentes geografías antes de establecerse en Nueva Esperanza.

Sin embargo, en tanto campesinas, empobrecidas y golpeadas por múltiples formas de violencia en sus lugares de origen y en sus tránsitos, han ido usando saberes, en cuanto mujeres y migrantes, que les permiten enfrentar la situación socioambiental y las violencias desde el cuidado en comunidad, como detallaremos en el siguiente apartado. Esta fortaleza se manifiesta tanto en su discurso como en sus prácticas cotidianas, donde han construido redes de apoyo colectivo para sostener la vida. Como señala Gavazzo (2021) el ser pobre, trabajador de la economía popular y habitante de estos barrios constituye una forma de desigualdad que se intercepta con la condición migrante y la de ser mujer aumentando la vulnerabilidad, pero también brindando capitales sociales necesarios para los cuidados comunitarios y las estrategias familiares y colectivas de mejoramiento en la calidad de vida.

La construcción de la comunidad entre mujeres migrantes para el sostenimiento de la vida y el cuidado

Las personas de Nueva Esperanza no la perciben como un barrio, sino como una comunidad caracterizada por la cercanía entre sus habitantes, los procesos colectivos que han creado y sostenido, y la fortaleza de su gente. Para algunas de sus habitantes, "es una comunidad de mujeres" (Participante grupo focal de mujeres, 2024), no sólo porque la mayoría de la población es femenina, sino porque son ellas quienes lideran y participan activamente en los procesos comunitarios. Para otros, "es una comunidad cristiana" (Entrevista a pastor de Nueva Esperanza, febrero 2025), debido a que un porcentaje significativo de sus habitantes se identifica como cristiano evangélico. A pesar de su reducido tamaño, la comunidad alberga cinco iglesias evangélicas, fenómeno que merece la pena estudiarse a futuro.

Definida de una manera o de otra, las personas que viven en Nueva Esperanza han desarrollado un fuerte sentido de pertenencia con su comunidad. Como describe Luisa, quien llegó al barrio escapando de la violencia machista de su expareja:

> Desde que llegué ya me quedé aquí. Aquí prácticamente fue como si volviera a nacer, volví a tener paz y tranquilidad. Quizá con el padre de mis hijos aguanté 12 años de

> maltrato y hambre, por mis hijos y porque quizás teníamos una buena casa, con cerámica y cosas así, pero el maltrato no me daba paz ni seguridad para mis hijos. Entonces preferí empezar de cero, me vine aquí sin nada, y así comencé levantando mi casita con palos y en la tierra. Aquí somos felices, aunque no tengamos mucho (Entrevista a Luisa, migrante interna, 2024).

Esta experiencia refleja cómo, para las mujeres de Nueva Esperanza, la comunidad representa un espacio de reconstrucción personal y colectiva, donde en primera instancia —y a pesar de la extrema precariedad— están a salvo de la violencia machista.

Adicionalmente, estas mujeres han logrado organizarse de manera efectiva para cubrir sus necesidades básicas y las de sus familias. A través de mingas comunitarias, sostienen un comedor dirigido especialmente para los niños y las niñas que se abastece principalmente de los productos de un huerto colectivo y de la crianza de animales de corral, proyectos que también son de gestión comunitaria y que pueden sostenerse gracias a los conocimientos agropecuarios que muchas de ellas poseen por su origen campesino.

Además, las mujeres organizan jornadas de integración, que no sólo refuerzan el tejido social, sino que también sirven como espacios de apoyo emocional y colectivo para afrontar las adversidades del entorno. A través de estas prácticas, las mujeres de la comunidad mantienen y fortalecen los lazos comunitarios, garantizando que la vida en el barrio no dependa exclusivamente de lo material, sino de la solidaridad y el apoyo mutuo. Estas acciones pueden comprenderse como parte de los *entramados comunitarios* de los que habla Raquel Gutiérrez Aguilar (2015, 2016), se trata de formas colectivas de organización que se sostienen en vínculos de reciprocidad, solidaridad y defensa de la vida, en contraposición a las lógicas estatales y mercantiles.

Por otra parte, más allá de estas prácticas de organización cotidiana, las mujeres de Nueva Esperanza han desarrollado estrategias concretas para mitigar algunos problemas socioambientales que aquejan fuertemente su sector. Enfrentan las adversidades del entorno mediante acciones que van desde la limpieza del canal y la gestión de residuos, hasta la protección de los árboles y la promoción de la reducción de quemas de desechos. Como parte de esta estrategia, antes de la llegada de la estación invernal, en conjunto con los varones, organizan colectivamente esfuerzos para reforzar las viviendas: cubren las paredes con plásticos, colocan pesos sobre los techos para resistir los vientos fuertes y excavan zanjas para evitar las inundaciones.

El protagonismo de las mujeres en estos cuidados expande la concepción tradicional de la reproducción social, llevándola más allá del ámbito familiar hacia la comunidad. Tal como lo afirman Guizardi et al. (2018), las mujeres son las principales responsables del cuidado de las familias, pero este cuidado también se extiende a la comunidad, convirtiéndose en un modelo de organización basado en la sostenibilidad de la vida. En este sentido, las mujeres de Nueva Esperanza se convierten en las guardianas de la seguridad y el bienestar de la comunidad en un contexto marcado por múltiples formas de violencia y vulnerabilidad.

Una de las cuestiones más interesantes es que al tratarse de una comunidad migrante, en ocasiones las estrategias de cuidado funcionan de manera transnacional, para lo cual Nueva Esperanza opera como núcleo de otras movilidades: personas (ecuatorianas y venezolanas) que viajan de manera irregular a Estados Unidos y regresan o migrantes circulares entre Ecuador y sus países de origen, incluso terceros destinos. Así, por ejemplo, debido a la proximidad geográfica, la familia de la líder viaja con relativa frecuencia a Colombia, pero también a otros destinos como Perú y Chile. Estas personas se desplazan según las circunstancias; si "la cosa se pone fea" para alguno de ellos, como en casos relacionados con el crimen organizado en Ecuador, regresan temporalmente a Colombia con apoyo de otros miembros de la comunidad y viceversa. Asimismo, si algún miembro de la familia requiere apoyo en otra ubicación, alguien viaja para brindárselo. Tal fue el caso de Betty —su hija quien también es líder— que viajó a Perú para cuidar a su cuñada tras dar a luz. Cabe señalar que hizo este periplo por pasos irregulares pues no dispone de visa en Ecuador.

Por otra parte, además de las tareas tradicionales de cuidado, las mujeres migrantes gestionan la protección de sus hijos e hijas frente al reclutamiento por parte de grupos delictivos, para ello la migración es una alternativa en sí misma; activan redes comunitarias de seguridad; se organizan para atender problemas relacionados con la educación de las infancias; y crean canales de intervención con otras organizaciones para atender las necesidades de las personas migrantes.

Una de las expresiones más claras de esta resistencia y trabajo comunitario ha sido la capacidad de la comunidad para reconstruirse tras los desalojos forzosos a los que ha sido sometida. Las nociones de "ilegalidad" y de "riesgo" del barrio han sido utilizadas por las autoridades como justificación para destruir las viviendas. En al menos dos ocasiones, el gobierno central ha derrumbado parte de las modestas casas con maquinaria pesada. Sin embargo, se han repuesto, incluso han emprendido acciones legales y políticas de protección.

> Ya nos habían desalojado en 2021 y por eso buscamos ayuda con el CDH y pusimos una acción de protección para nuestra comunidad. En mayo de 2022, nos fuimos casi todas las mujeres y algunos hombres a la corte porque teníamos la audiencia de acción de protección, y justo ese día, sabiendo que no íbamos a estar, vinieron [la Secretaría Técnica de Prevención de Asentamientos Humanos Irregulares] a hacer otro desalojo con máquinas, policías y militares a caballo. Los niños estaban solos en la comunidad y, al ver que estaban tumbando las casas, se tomaron de las manos e hicieron un cerco para que no pasaran, pero aun así los policías les pegaron y los sacaron a la fuerza. Tuvimos que llevar a varios niños al hospital por los golpes. Fue un día horrible, pero no nos dejamos y les advertimos que estábamos en un proceso legal, que íbamos a traer al Defensor del Pueblo. Desde entonces estamos en resistencia por nuestras viviendas, y aunque nos quieran tumbar las casas muchas veces, siempre las volveremos a levantar (Entrevista a Elena, líder y refugiada colombiana, 2024).

La mencionada líder comunitaria, ha sido fundamental para mantener la organización y fortalecer la colectividad. Su figura no sólo es central en términos organizativos, sino

también como un símbolo de fortaleza y protección para las demás mujeres del barrio. Como señala una de las integrantes de la comunidad:

> Gracias a ella [la líder comunitaria] yo tengo mi terrenito aquí, que como quiera puedo decir que es propio, ya que de aquí no nos pueden sacar porque hasta el Municipio ha venido a censarnos y ayudarnos. La señora Elena nunca nos ha cobrado nada por el terreno, el único compromiso que tenemos es trabajar todos juntos por la comunidad. Nosotras ayudamos en la minga, nos turnamos para hacer la comida para los niños en el comedor, estamos pendientes en el grupo de *WhatsApp* por el tema de la seguridad y así. Somos como una gran familia, con sus problemas como en todos lados [risas], pero siempre estamos unidas y pasamos momentos felices y duros también. Por lo que nosotras somos organizadas, es que aquí vienen las organizaciones a apoyarnos (Diario de campo, Asamblea comunitaria, 2024).

Además, y como revela el testimonio anterior, el liderazgo de esta mujer ha sido clave para frenar el avance del crimen organizado en el barrio. A través del empuje de diversas actividades colectivas y su constante cercanía con organizaciones sociales y del Estado, la líder ha logrado ofrecer alternativas legítimas a los servicios que las pandillas suelen proporcionar, como empleo, alimentación y "seguridad". Las pandillas, que históricamente han logrado insertarse en sectores marginales al ofrecer soluciones rápidas a las necesidades básicas de los habitantes más marginalizados de la ciudad, han encontrado en la comunidad de Nueva Esperanza un modelo de resistencia organizado que no depende de su apoyo. Esta estrategia, basada en la gestión comunitaria y la cooperación con entidades legales, ha desactivado la influencia de las pandillas, que ya no encuentran el terreno fértil para reclutar a los más vulnerables, especialmente niños y varones jóvenes.

La habilidad de la líder y de otras mujeres a su al rededor, da cuenta de un enorme conocimiento e inteligencia que generalmente el patriarcado subestima. Por ello, este tipo de liderazgo ha atraído la atención de diversas organizaciones no gubernamentales y entidades municipales, que han visto en la comunidad un modelo de autogestión ejemplar. Estas organizaciones han implementado programas de formación y apoyo en áreas como la defensa de derechos humanos, la prevención de la violencia de género y la gestión de riesgos. Como destaca el jefe de fomento de cultura de paz de Segura EP, del Municipio de Guayaquil:

> Comenzamos a trabajar talleres de autocuidado y otras actividades relacionadas con la prevención de las violencias. Ella [la líder] siempre nos ha buscado para poder coordinar con otras entidades municipales acciones dentro de su sector. Es decir, está en una permanente búsqueda de acciones dentro de su territorio, y considero que eso ha sido uno de los factores que permite la sostenibilidad de proyectos dentro de esa comunidad. Porque sale uno, pero entra otro. A diferencia de otros sectores, considero que ellos nunca se cansan de buscar que existan actividades dentro de Nueva Esperanza […] Quizás lo más sencillo es salir al espacio municipal y estar cerca del servicio, ¿no? Pero ella, con su equipo de líderes comunitarios, trata de que el servicio se acerque directamente a la comunidad (Jefe de fomento de cultura de paz, Municipio de Guayaquil, 2024).

La comunidad de Nueva Esperanza se ha convertido en un ejemplo de resistencia y cuidado en contextos de exclusión y violencia que, muchas veces, es usado también como plataforma de visibilidad entre organismos estatales como el propio Municipio de Guayaquil que poco puede hacer frente al embate del crimen organizado, a diferencia de las mujeres migrantes de Nueva Esperanza.

Todo lo dicho nos muestra empíricamente, cómo lo comunitario nos permite pensar el potencial que éste tiene para construir arreglos que no estén comandados por la privatización social y espacial en la familia nuclear, por la asignación exclusiva e individual a las mujeres, por el recurso a mujeres precarias o por los recursos económicos de cada cual. Apropiarse de la capacidad para cuidar es una forma para valorar la vida colectiva y encarnada que desplaza el beneficio y la atomización capitalista creando comunidades para las que la atención no es una cuestión menor, sino algo que entrelaza la vida en común (Martínez, Paredes y Vega, 2018, p. 17 en Álvarez y Varela, 2022), una vida común entre migrantas.

Conclusiones

A través de estrategias de cuidado comunitario, las mujeres migrantes de Nueva Esperanza no sólo responden a las dificultades socioambientales en las que les ha tocado vivir, sino que también resisten las diversas formas de violencia estructural —y siempre patriarcales— que las atraviesan. Sus trayectorias migratorias, principalmente desde Colombia, Venezuela y zonas rurales de Ecuador, han estado marcadas por la pobreza, la violencia de género y los desastres naturales. Ello las ha obligado a crear redes de apoyo y estrategias de resistencia que trascienden el ámbito familiar y se proyectan en lo comunitario.

Las estrategias de cuidado que despliegan, que también se expanden a nivel transnacional, les permiten sobrevivir y sostener la vida en múltiples geografías al mismo tiempo. En este sentido, el protagonismo de las mujeres en la construcción de comunidad en Nueva Esperanza trasciende el cuidado individual y familiar, extendiéndose hacia el cuidado colectivo y la defensa del territorio. Este modelo de organización comunitaria ha sido clave para resistir los intentos de desalojo y la violencia urbana, demostrando que, en contextos de exclusión, las mujeres migrantes, lejos de ser simples víctimas, gestionan activamente el derecho a un hábitat y el acceso a recursos materiales y simbólicos que hacen posible una vida con dignidad y esperanza.

Al mismo tiempo, este estudio abre preguntas para futuros debates. Por un lado, invita a repensar el lugar de los cuidados en contextos atravesados simultáneamente por la violencia criminal y la crisis climática, problematizando la carga desproporcionada que recae sobre las mujeres y su potencial como forma de resistencia. Por otro lado, permite vincular la experiencia de Nueva Esperanza con procesos más amplios en América Latina, donde las mujeres migrantes en asentamientos urbano-marginales son protagonistas de estrategias de reproducción social fuera de los márgenes de las categorías convencionales de ciudadanía, hogar y frontera.

Finalmente, este caso muestra la necesidad de que los proyectos de intervención comunitaria o las políticas públicas sobre migración, vivienda y gestión de riesgos socioambientales incorporen de manera explícita la perspectiva de género y de cuidados. Reconocer estas prácticas no únicamente como mecanismos de supervivencia, sino sobre todo como aportes a la sostenibilidad de la vida en la ciudad, abre el camino para fortalecer la incidencia de estas comunidades en los debates académicos, sociales y políticos sobre migración, género y crisis climática en la región.

Referencias bibliográficas

Acosta, M. E. (2019). *Asentamientos humanos informales, identidades urbanas con enfoque de género e incidencia de las políticas públicas en Ecuador desde 2007 al 2017* [tesis de doctorado]. Universidad de Santiago de Compostela. Guayaquil (Ecuador). Pp. 361.

Allan, H. (2009). *El frente de lucha popular y la toma organizada de la tierra*. Quito: Flacso-Sede Ecuador. Recuperado de: [https://www. iee. org. ec/ejes/sociedad-alternativa-2/el-frente-de-lucha-popular-y-la-toma-organizada-de-la-tierra. htm].

Álvarez, S., y Varela, A. (2022). "En el camino, ¿si nosotras no cuidamos, quién entonces?. Mujeres, epidemiología popular migrante y economía del cuidado en los corredores migratorios de las Américas en tiempos de COVID-19". *Tramas y Redes*. Núm. 2. Pp. 23–53. DOI: https://doi.org/10.54871/CL4C203A.

CDH. (2022, febrero 19). *Desalojos forzosos en Nueva Esperanza, Monte Sinaí.* CDH. Recuperado de: [https://www.cdh.org.ec/testimonios/534-desalojos-forzosos-en-nueva-esperanza-monte-sinai.html].

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2018). *Los cuidados en América Latina y el Caribe.* Recuperado de: [https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/06d5dc99-f7ad-47a8-9e5d-e3c22b549fac/content].

Consejo para la Seguridad Pública y la Justicia Penal (CCSPJP AC). (2025). M*etodología del ranking (2024) de las 50 ciudades más violentas del mundo.* Recuperado de: [https://geoenlace.net/seguridadjusticiaypaz/archivo/e9ae6b_cb50e61af0.pdf].

El Universo. (2023, diciembre 20). "Nueva Prosperina, sector del noroeste de Guayaquil, el tercer lugar más violento del mundo". *El universo.* Recuperado de: [https://www.eluniverso.com/noticias/seguridad/nueva-prosperina-muertes-violentas-zona-8-violencia-criminal-nota/].

Expósito, J., y Mitidieri, G. (2023). "Entre el trabajo de cuidados y la reproducción social de la vida. Una mirada desde los feminismos argentinos de los últimos años". *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*. Vol. 23. Núm. 2. Pp. 1–23. Recuperado de: [https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/99153].

Fernández, A. G., Waldmüller, J., y Vega, C. (2020). "Presentación del dossier. Comunidad, vulnerabilidad y reproducción en condiciones de desastre. Abordajes desde América Latina y el Caribe". *Íconos Revista de Ciencias Sociales*. Vol. 5. Núm. 66. Pp. 7–29. DOI: https://doi.org/10.17141/ICONOS.66.2020.4156.

Gavazzo, N. (2021). "Desigualdades interseccionales: dos generaciones de mujeres migrantes e hijas en el Área Reconquista del Gran Buenos Aires". En Nejamkis, L. Conti, y M. Aksakal (Eds.). *(Re) pensando el vínculo entre migración y crisis: perspectivas desde América Latina y Europa.* Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Pp. 165–188. Recuperado de: [https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15771/1/Repensando-el-vinculo.pdf].

Gregorio Gil, C. (2004). "Migraciones internacionales y relaciones de género: de su construcción como objeto de estudio a su deconstrucción". *Ankulegi: gizarte antropologia aldizkaria = revista de antropología social*. Vol. 8. Pp. 11-18. Recuperado de: [https://produccioncientifica.ugr.es/documentos/618f555a9ff8c939aacbbacc].

Guarinoni, L. (s/f). "Las migrantas que mueven el mundo en Reconquista". *Cambia la Historia*. Recuperado de: [https://cambialahistoria.com/las-migrantas-que-mueven-el-mundo-en-reconquista/].

Guizardi, M., Valdebenito, F., Nazal, E., y López, E. (2018). "Reflexiones sobre el transnacionalismo familiar en territorios de frontera". *Sociedade e Cultura*. Vol. 21. Núm. 2. pp. 154–175. Recuperado de: [https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70358824034].

Gutiérrez Aguilar, R. (Coord.). (2015). *El Apantle. Entramados comunitarios y luchas por la vida.* Madrid: Traficantes de Sueños. Recuperado de: [https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_Apantle_web.pdf].

Gutiérrez Aguilar, R., Linsalata, L., y Navarro Trujillo, M. (2016*). Entre experiencias y vínculos cooperativos: Entramados comunitarios para el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa.* Madrid: Traficantes de Sueños. Recuperado de: [https://traficantes.net/sites/default/files/Experiencias%20y%20v%C3%ADnculos%20cooperativos%20en%20el%20sostenimiento%20de%20la%20vida%20en%20Am%C3%A9rica%20Latina%20y%20el%20sur%20de%20Europa_versi%C3%B3n%20extensa.pdf].

Herrera, G. (2011). "Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana. De la visibilización del campo a la presencia selectiva". *Política y sociedad.* Vol. 49. Núm. 1. Pp. 35-46. Recuperado de [https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/71507757/38525-libre.pdf?1635336463=&response-content-disposition=inline%3B+filename%3DGenero_y_migracion_internacional_en_la_e.pdf&Expires=1762192347&Signature=OPXd~dNoi5ctS8VT4LLjLhbizIb2fQwXhzP7uRxlKClSBea7zDmP61-l3xaVlEgvUj8dzY7VGi3cwJ35a~Fg2eXUhdhIfsNenE7yeb1ljx4ApUMDTcC7U9cZNrUnkzSZkq12W1UixWq79ihsPp5pmFxJwY8bN6es-

lwjBxdGFxY8unhQJmMU640Vjcr7h4MX6c1Mp-MGKIzXRtWwiMQ2sV8LnseQ9Ze-teuW0mAI~qBi4CaTHG2BSO4FRUc~JnoQTso97IyC7ag-nrrrZjqv4XTayo7EI4sSLGzGkthZmb~L8CkIeEUsWALJ4Q8xed6i8HLbMdzpohkkqa1C3~kNj9B9w__&Key-Pair-Id=APKAJLOHF5GGSLRBV4ZA].

Hernández Pérez, A., Osorio, L., y Meza de Luna, M. (2023). *Cuidados y políticas públicas*. CLACSO, ONU Mujeres. Recuperado de: [https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2024/03/ONU-Mujeres-Cuidados.pdf].

Klepp, S. (2017). "Climate Change and Migration". *Oxford Research Encyclopedia of Climate Science*. DOI: https://doi.org/10.1093/ACREFORE/9780190228620.013.42.

Malher, S. y P. Pessar (2002). "Transnational Migration: Bringing Gender in". *International migration review*. Vol. 37. Núm. 3. Pp. 812-846. DOI: https://doi.org/10.1111/j.1747-7379.2003.tb00159.x.

Monzón, A. S. (2021). "Mujeres, género y migración: Una perspectiva crítica desde el feminismo". En Sagot Rodríguez, M., y Carosio, A. *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina.* Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Pp. 79–92. DOI: https://doi.org/10.2307/J.CTV253F52B.7.

Müller, F. (2017). "¿El cuerpo en la ciudad?: Improntas sobre el Derecho a la Ciudad desde México". En M. Rauchecker y J. Chan (Eds.), *Sustentabilidad desde abajo: Luchas desde el género y la etnicidad*. CLACSO. Pp. 191–218. DOI: https://doi.org/10.2307/J.CTVTXW2FP.11.

Municipio de Guayaquil. (2018, julio 31). *Desafíos de Guayaquil ante el cambio climático*. Recuperado de: [https://www.guayaquil.gob.ec/wp-content/uploads/2021/11/Desafios-de-Guayaquil-ante-cambio-climatico.pdf].

Primicias. (2023, enero 11). "El gobierno de Guillermo Lasso anuncia reducción de tres impuestos". *Primicias.* Recuperado de: [https://www.primicias.ec/noticias/economia/lasso-anuncia-reduccion-impuestos-isd-ice/].

Primicias. (2025, enero 15). "El Hospital de Monte Sinaí de Guayaquil atiende una media de una víctima de violencia criminal al día". *Primicias*. Recuperado de: [https://www.primicias.ec/seguridad/hospital-monte-sinai-guayaquil-victimas-violencia-criminal-76823/].

Ramírez, F., y Ramírez, J. P. (2005). *La estampida migratoria ecuatoriana. Crisis, redes transnacionales y repertorios de acción migratoria.* CLACSO. Recuperado de: [https://biblioteca.clacso.edu.ar/Ecuador/ciudad/20121009105948/ramirez.pdf].

Rodríguez Enríquez, C. (2015). "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad". *Nueva Sociedad*, Núm. 256. Pp. 30–44. Recuperado de: [https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4102_1.pdf].

Sánchez, B. (2014). *Mercado de suelo informal y políticas de hábitat urbano en la ciudad de Guayaquil.* FLACSO. Recuperado de: [http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/6677].

Simpson, N. P., Mach, K. J., Tebboth, M. G. L., Gilmore, E. A., Siders, A. R., Holden, P., Anderson, B., Singh, C., Sabour, S., Stringer, L. C., Sterly, H., Williams, P. A., Meyer, A. L. S., Cundill, G., Rosengaertner, S., Nunow, A., Amakrane, K., y Trisos, C. H. (2024). "Research priorities for climate mobility". *One Earth*, Vol. 7. Núm. 4, Pp. 589–607. DOI: https://doi.org/10.1016/J.ONEEAR.2024.02.002.

Villavicencio, G. (2011). "Las invasiones de tierras en Guayaquil: historia y coyuntura política". *La Tendencia. Revista de Análisis Político. Balance Político*. Vol. 3. Núm. 11. Pp. 109–116. Recuperado de: [https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/4423/1/RFLACSO-LT11-17-Villavicencio.pdf].